

Análisis Eventual

LÍBANO ¿SIGUE EL LÍBANO EN LA CUERDA FLOJA?

Amaia Goenaga

Fecha de publicación: 3 de diciembre de 2017

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán
Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos
Universidad Autónoma de Madrid
www.opemam.org

ISSN: en trámite

El pasado 4 noviembre el primer ministro libanés Saad Hariri dimitió durante un viaje a Riad, causando un auténtico terremoto político y mediático, y generando preocupación y desconcierto a partes iguales. Preocupación, porque el acontecimiento coincidía en el tiempo con otra serie de hechos altamente preocupantes, como el misil lanzado sobre el aeropuerto de Riad, o la inédita purga en el seno de las elites saudíes; y también con una serie de preocupantes declaraciones y movimientos por parte de EEUU y sobre todo de Israel. Desconcierto, porque, al menos en un primer momento, no estaba claro si la dimisión había sido una decisión propia, o había sido impuesta por el régimen saudí. Un desconcierto que, por cierto, aumentaba con el regreso de Hariri al Líbano para poner su resignación en suspenso.

Acontecimientos posteriores hicieron evidente que la dimisión fue una imposición de Riad, y que, durante dos semanas, Hariri estuvo retenido contra su voluntad en la capital saudí. No es casual que, en los días siguientes a la resignación, el presidente de Francia, Emmanuel Macron, viajara al Golfo para reunirse con varios líderes de la región, incluido el heredero saudí, Mohammed Bin Salman (MBS). De hecho, la intermediación francesa parece haber sido clave para facilitar la "liberación" de Hariri, quien regresó al Líbano el pasado 22 de noviembre (no casualmente día en el que se festeja la independencia del país), tras pasar por Egipto, donde pidió la mediación del gobierno militar, y por París.

Pero con Hariri en casa, sigue habiendo más sombras que luces en torno a este rocambolesco episodio: ¿Qué ha pasado?, ¿es un asunto de naturaleza regional o nacional?, ¿qué consecuencias tendrá todo esto en la política libanesa y en la región?, ¿hay motivos para temer una escalada de violencia?

Respecto a las primeras preguntas, lo más probable es que ambas cosas están íntimamente relacionadas. Por un lado, no hay duda de que esta decisión tiene una dimensión regional. Está directamente relacionada con el ya largo enfrentamiento que mantienen Irán y Arabia Saudí por el dominio regional, en un momento en el que Irán no hace más que afianzar su posición en la zona. Y es que, desde ya hace varios años, la posición del régimen chií no ha hecho más que consolidarse principalmente gracias a sus avances en Siria, Iraq y Líbano. Además, la creciente animadversión al integrismo suní, tan ligado a Arabia Saudí, ha llevado a una mejora sustancial de la imagen de Irán ante la comunidad internacional. En este contexto, y aunque no con mucho acierto, Arabia Saudí lleva tiempo tratando de desplegar una política exterior más agresiva, como hemos visto en Yemen o Qatar. Cabe remarcar que la política exterior de un país está absolutamente marcada por las relaciones de poder que se establecen en la arena política nacional. Por tanto, las recientes decisiones del reino wahabí en esta materia no debieran desligarse de lo que está ocurriendo en el seno del régimen saudí, donde una facción muy concreta, trata de consolidar su posición utilizando tácticas inéditas en el juego de poder local. No hay que descartar, por tanto, que MBS trate de retomar la iniciativa en el escenario regional para fortalecer su posición en el interior.

Por otro lado, es más que probable que este caso tenga también una dimensión estrictamente interna. En este sentido debemos tener en cuenta la estrecha relación que históricamente han mantenido los Hariri y la familia real saudí. El poder de esta familia libanesa nace de la estrecha relación que estableció Rafik Hariri, padre de Saad, con el rey Fahd, en los años 70. Desde entonces Arabia Saudí ha marcado la trayectoria política y económica de los Hariri, y a través de ellos también la agenda libanesa. Así, la familia Hariri tiene doble nacionalidad, saudí-libanesa, y gran parte de la vida de Saad y la de su familia ha transcurrido en esa corte saudí que ahora se tambalea. Al parecer la relación de los Hariri con el sucesor de Fahd, Abdalá bin Abdulaziz, también fue buena. No obstante, en los últimos años de su reinado y, sobre todo, con la llegada al trono de Salman, en 2015, la posición de los Hariri parece haberse resentido. Esto ha tenido un reflejo evidente en la política libanesa, ya que ha hecho que los Hariri hayan ido perdiendo fuelle en la escena política suní; y también en la situación económica de la familia.

La joya de la corona del imperio Hariri, la que facilitó su ascenso y consolidación social y económica, fue la empresa de contratistas Saudi Oger. Esta compañía, con sede en Riad, debió su éxito a la cercanía de Rafik Hariri con la familia real y a los contratos y contactos que éste consiguió desde esa posición privilegiada. Por todo ello, no parece casual que la compañía comenzara sufrir graves problemas financieros en 2015, hasta el punto de que este pasado verano Oger tuvo que cerrar. El problema es que Oger contrajo una enorme deuda con miles de sus trabajadores y también con los bancos saudíes, bancos controlados por las elites económico-políticas del reino. Los Hariri están teniendo muchos problemas para afrontar estas deudas. Tanto, que los tribunales saudíes han metido ya mano en el asunto. En este contexto, y aunque la información no está totalmente disponible, no es descabellado pensar que la dimisión forzosa de Hariri tenga también que ver con el golpe de mano de MBS entre las elites locales.

Así las cosas, y al margen de las numerosas incógnitas que rodean al caso, creemos que el culebrón Hariri tiene una doble vertiente, regional e interna. La preocupación, incluso la alarma fue la primera reacción ante el acontecimiento. Se temía la desestabilización del país, siempre vulnerable. El regreso de Hariri parece haber calmado estos miedos. La jugada de MBS ha sido desastrosa, sobre todo, si lo que se pretendía era ahondar en las divisiones políticas del país para movilizar a los suníes, y quizá a una parte de los cristianos, contra Hezbolah. Lejos de eso, este episodio ha incrementado la desconfianza hacia al reino wahabí, incluso en la comunidad suní, alarmada por el trato a su líder. Además ha conseguido unir a las distintas facciones políticas del país como hacía tiempo que no sucedía, y, de hecho, no son pocos los que califican lo sucedido como un "shock positivo".

No obstante, no debemos olvidar que estamos en un contexto geopolítico de alto riesgo. Sobre todo, porque desde hace meses EEUU, y especialmente

Israel, parecen estar buscando subvertir el *statu quo* en Líbano, atacando a Hezbolah, y han dado claras muestras de querer trabajar con Arabia Saudí en este sentido. El pasado 16 de noviembre el general israelí Gadi Eisenkot aseguraba a un portal saudí con sede en Londres, *Elaph*, que Israel estaba dispuesta a trabajar con los servicios de inteligencia de "los países árabes moderados", con el fin de sumar fuerzas contra Irán. Asimismo parece que el ejército israelí está realizando maniobras preocupantes en su frontera norte. En este sentido, parece haber coincidencia entre los expertos, que en caso de querer desestabilizar el Líbano, Arabia Saudí no usaría en ningún caso la fuerza. De suceder, esto quedaría en manos de Israel. No obstante, los saudíes tienen instrumentos de sobra para doblegar al país del cedro sin recurrir a la violencia. La economía libanesa es absolutamente dependiente del Golfo, en especial de Arabia Saudí. El reino tiene un gran peso en el sistema financiero libanés. Es clave en el sostenimiento de las finanzas públicas, y la moneda, ya que controla gran parte de la deuda pública libanesa. También tiene un gran peso en el sector bancario local y sobre todo, 400.000 libaneses, cuyas remesas con claves para la estabilidad monetaria y la economía nacional, trabajan en el Golfo.

Por tanto, habrá que seguir la evolución de los acontecimientos con mucha atención, porque es probable que el culebrón iniciado con la dimisión de Hariri no haya llegado a su fin.